

Gregorio Reynolds



Discurso laudatorio para honrar al poeta parnasiano Gregorio Reynolds (1882-1948), expuesto por Federico Mora durante la velada organizada por los escritores en La Paz, el 27 de mayo de 1918.

VI parte

¿Qué vamos a escribir cuando acabe esta contienda en la que culminan veinte siglos de una civilización triste? Desde la fachada de las casas hasta la cordialidad espiritual del saludo, desde el mueble nupcial hasta el discurso parlamentario, todo estará expuesto en catálogos bajo la vigilancia del Estado. La estética tendrá una disciplina y los congresos darán leyes decretando la belleza.

Acaso llegue día en que la idea y la sensación paguen impuesto directo, porque habrá grandes oficinas estesiométricas con auxiliares de antropometría, donde queden registrados criminales, pensadores y artista. Y habrá que ver cuánto será preciso pagar por cada ondulación dactiloscópica, por cada temblor nervioso, por cada anfractuosidad de la sustancia gris.

Entonces, la imaginación creadora se arrebujará en los bátratos bullentes de la subconciencia para averiguar cómo se siente el sentir, cómo se piensa el pensar. Para inquirir qué pensamiento se diluyó en el glóbulo rojo X que en el minuto Z tembló al recorrer el microscópico sector Y de la carótida. Se escribirán grandes epopeyas fisiológicas en las que el fagocito y la bacteria psicógen y en las que la fototelepatía influya sobre las relaciones del sexo y la digestión.

¿Y la esperanza? Ya no será posible esperar. Nuestros actuales minutos solares serán subdivididos décimamente y a la esperanza, que es futuro ennoblecido, no tendrá tiempo de vivir. Entonces, más que nunca será mariposa. El porvenir avanzante nos invadirá con el auxilio cínico y delator de cronómetros infalibles y vertiginosos. La fatalidad no será fuerza determinante sino fuerza conducente. No nos llevará; la llevaremos. La cosa se reduce a teorematizar las distancias puestas en razón directa con el cubo de las velocidades. Viviremos a la fatalidad, lo que equivale a subjetivar dolorosamente el fátum. Debe ser horrible eso de marchar seguido por el destino. Tan horrible como sentir que una locomotora nos persigue y que no podemos salir de las rieles porque un acuerdo tácito regló la marcha de los pies con el paso de las ruedas.

Y todo esto, sin poder quejarnos de afuera, sin tener tiempo de ver, obligados a sentir muy adentro, muy adentro, porque tal será nuestra ansia de exterior que nosotros para nosotros mismos nos pareceremos exteriores; porque tal será nuestra ansia de sumersión que los demás, para sí mismos, nos parecerán buzos de nuestro mar. Todo por gracia de una virtud cívica e institucional: la discreción.

Ya la médula nada tendrá que hacer con los espasmos. La neuronas mismas se crisparán gozosas y los centros de percepción se controlarán en sí mismos, no como registradores, sino como sujetos autónomos. Y ese espasmo, convertido en pensamiento, en elucubración, ocasionará que, acaso, en el instante de eyacular el espermatozoide originario, veamos, en la cámara futurista del cerebro ultrasensible, la imagen del hijo venidero. Un placer equivalente a dos generaciones.

Hoy mismo, por mucho que poetas como Reynolds - para ajustar nuestra teoría dentro de la crítica deliberante - se acerquen al paganismo religiosamente, es indudable que la influencia pagana es más débil que el desarrollo sexual. La sensualidad pagana fue poco menos que casta y Afrodita y Dionisos dos niños jocundos. Dos niños que, bajo frondas o en las orillas del sagrado Tirreno, algarearon, traviesamente, como dos avecillas.

Cuando Reynolds concreta su sexualidad trascendente en su soneto "Aquellas noches", aparece esa espantosa sensualidad que entristecerá de placer a nuestros biznetos.

Ya en el soneto "Psiquis" palpita y humea ese hálito tremendo de la sensualidad que es lágrima en el alma y soledad en el paisaje, esa sensualidad moderna llena de temblores, exquisitamente medular y en la que se comprometen las últimas y más finas extremidades pensantes y sensibles de la fisiología.

No diremos que la sensualidad en Reynolds llegue al diabolismo puro ni que de todo en todo el divino Marqués libidinoso y profundo, evangelizado en "Justina", pese con su dulce y siniestra carga en el poeta boliviano; pero es evidente que la sensualidad contemporánea de Reynolds no es araña que se quede en la epidermis. Acaso llegue al hueso ni se acompañe de irremedia-

bles caquexias; pero si toca en las últimas puertas del espíritu y, por lo general, su llamada es respondida, desde la penumbra cenestésica, por un hondo rugido, - voz de la bestia que se despereza.

La ciencia moderna ha tenido la virtud de impregnar con no sé qué nota canalla los lugares de placer, los cubiles donde la carne humana es oferta y demanda en los umbrales mismos del paraíso artificial.

"Cafetín con gramófono"... Seguramente no conocéis nada más horrendo que esos cafetines donde el cancan, el tango, y la más ríjosa música flamenca roncán y espectoran sobre el disco que parece borracho, a impulsos de la aguja semejante a la intimación de un ensueño alcohólico. Disolved todo esto en "la nébula amarga del ajenjo", en ese vapor de ópalos turbios, y veréis cuán lejos estamos del buen tiempo en que el caramillo y el grato vino dionisiaco fueron la única gloria de las ninfas perseguidas y de las bacantes perseguidoras. Y cuán lejos de esa otra sensualidad cuyos excitantes eran la fe y la espada: sensualidad heróica y devota que daba cintarazos en los frailes y salmodiaba plegarias en los guerreros.

Dado que nada tiene rapidez mayor ni dinámica más uniformemente acelerada que la sensualidad, natural es que este siglo, cuya principal característica es el vértigo cinemático, opere a base de sensualismo vibrante en ondas, conductos casi siempre y que todo lo relaciona con la mayor brevedad multiplicante en el sentir. Podríase afirmar que la estesia moderna - técnicamente, la setética - vive en pos de una progresión geométrica que eleve las sensaciones hacia desvanecedoras potencias enésimas.

Veamos estos cuatro versos de Reynolds porque en ellos hay una celeridad de pulsos radiales febricitantes:

"Cafetín con gramófono: fracturada armonía
que repitió implacable su plebeyo cantar;
nervios atormentados que la aguja mordía con una sinuosa cosquilla medular".

Hay que convenir en que un cuarteto que empieza diciendo: "Cafetín" y acaba gritando: "Médula", es algo tan rápido que sólo puede ser del siglo veinte. Este siglo en el cual la locomotora es ridícula, tiene que relacionarlo todo con las vértebras, pues no en vano a ellas concurren velozmente las primeras y las últimas manifestaciones de la vida: de esta vida que, al irse rápidamente, tiene la inercia en la médula desconectada, pero siempre galvánica.

Pensando en esta filosofía de la rapidez, se comprende que Reynolds tenga como forma preferida el soneto. Catorce líneas. No importa que para trabajarlas, demoremos catorce años: a la postre, serán la concreción más acelerada del sentir, las que recorran mayor distancia en menor tiempo.

Reynolds ha hecho poemas, y poemas de mil versos; pero cualquiera de ellos es susceptible de ser rapsodizado. En buena cuenta, no son bloques de indivisible mármol sino colección de tanagrillas solidarias o anillos desabrados de alma. El soneto unitario, irrompible, señero, es la forma predilecta de este artista modernísimo. Como lo fue de Heredia que amaba la perfección dentro de la rapidez.

A medida que ande el tiempo y la filosofía de la celeridad se acentúe en las conciencias, la foma literaria irá cambiando. La novela cede al cuento, la obra fundamental desaparece ante el ensayo, la revista es sustituida por el diario. Las preocupaciones formales y lexicográficas atenúanse ya y pronto desaparecerán. Desde este punto de vista, el soneto agoniza. Tiene el defecto de no ser virtual ante todo. La rima y la copia carecen de estructura definida.

(continuará)

FEDERICO MORE (1898 - ¿?). Poeta, escritor y periodista peruano, muy amigo de Bolivia, vivió en La Paz, entre 1917 y 1920.